

PHILADELPHIA

(NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD)

Más allá de la vida de las formas
Está la vida de la eterna idea,
Más allá de los mundos que parecen
El infinito que los mundos crea.

CARLOS ENCINA.

ANIVERSARIO DE LA RAMA TEOSÓFICA «LUZ»

La Rama «Luz» de la Sociedad Teosófica ha celebrado el 7 del mes pasado, en el local de sus sesiones, con una fiesta animada é interesante, el sexto aniversario de su fundación.

Con tal motivo, su Presidente, haciendo un acto de justicia, recordó los servicios y los méritos de la fundadora, cuyo pseudónimo sirve de título á esta Revista, que engalana hoy sus columnas con una de las conferencias que dió aquella en el seno de la agrupación á la que dedicó, con especial amor, los mejores frutos de su alma tan sencilla y bondadosa como bien equilibrada.

Al echar una mirada hacia el pasado de la Rama, con ocasión del acontecimiento festejado, los miembros de ella han debido llenarse de lejitima satisfacción considerando las luchas sostenidas y los obstáculos vencidos para abrirse paso,—como lo han conseguido en los seis años que la Rama lleva de existencia,— en un medio por lo general poco dispuesto á dedicar su atención á los asuntos que constituyen el fin de la Sociedad Teosófica, en parte por la obra de torpes charlatanes que han tratado de mistificarlo en provecho propio, y en parte también por las tendencias de los estudios á que

inclina su inteligencia la mayoría de los individuos que, dentro de él, se preocupan de su cultivo.

La Dirección de PHILADELPHIA, al adherirse á la justa manifestación, hecha por el Presidente de la Rama «Luz», felicita á los miembros de ésta por los progresos alcanzados en la realización de sus propósitos.

LAS ESCUELAS FILOSÓFICAS Y LA TEOSOFÍA

El camino más fácil para llegar á las causas, es el estudio de los efectos. Pretender juzgar á Herbert Spencer, Spinoza ó Leibnits sin leer, analizar y sintetizar ántes sus obras, es un absurdo. Aquel que, sin observar previamente todos los fenómenos de la naturaleza y las innumerables manifestaciones del alma del hombre, los sentimientos de moralidad, de grandeza y de amor, quiera conocer la causa primera de todo, se expone á caer en gravísimos errores. Buscar al Supremo Creador de otra manera que al traves de sus obras mismas, sirviéndonos las ideas como peldaños de la escalera que hasta él nos conduce, es entregarse á divagaciones místicas que pueden alucinarnos, presentándonos como certezas productos de una imaginación exáltada.

En estos últimos tiempos se ha abusado muchísimo de la palabra *intuición*, quizás con buena fé, para darnos la solución de muchos problemas que la Ciencia hasta hoy ha sido impotente para resolver. El infinito, Dios y el alma, no guardan ya secreto alguno para los intuitivos; un momento de concentración, basta para que el mundo invisible les revele hasta lo más recóndito de su ser y estas revelaciones ¡á cuántas creencias erróneas no han dado nacimiento! No pretendo, por esto, negar la intuición; nó, su existencia es un hecho evidentemente probado; pero, si no queremos confundirla con nuestros propios pensamientos, y ser así juguetes de una ilusión, como ocurre á tantos seres que cándidamente se creen intuitivos, es necesario que repose sobre las dos columnas que le dan origen: la conciencia y la experiencia.

La conciencia es el reflejo del alma, la intermediaria entre los sentimientos

é inspiraciones divinas de ésta y nuestras inclinaciones. ¡Cuántos actos malos nos evitan cometer los consejos secretos que del reino del alma ella nos trae!

Para el conocimiento de las cosas subjetivas nos ayuda la intuición; para apreciar lo bueno, lo bello, lo verdadero, la conciencia. Sin ésta, desaparece la libertad individual, la responsabilidad, el honor. La conciencia nos ayuda á discernir sobre las revelaciones intuitivas, pues siendo la intuición un atributo del alma, ¿quién mejor que la conciencia puede interpretarla?

La experiencia, es el punto de partida de todas las ciencias. Todo sistema filosófico que quisiera apartarse por completo de ella en sus deducciones, sería un campo poblado solamente de hipótesis. Varios filósofos le han atribuido las glorias de la ciencia. Uno de los géneos del siglo XVII, Locke, dice que la experiencia dota al alma de todos sus conocimientos; según él, el hombre al nacer «es semejante á una *tábula rasa*. En ella no hay nada escrito; poco á poco se ván imprimiendo los caracteres que formarán sus conocimientos y si me preguntais quién los imprime, os diré: la experiencia».

Otro filósofo notable, M. Schelling, quizás el que después de Kant ha brillado más en la escuela filosófica alemana, ha basado todo su sistema, que se conoce con el nombre de *filosofía natural*, en otra de las fases de la experiencia; la intuición intelectual. Para él, esta intuición es un acto trascendental, difícil, quizás imposible de definir y por medio de él, la inteligencia puede instantáneamente darse cuenta exacta de la idea del absoluto ó concebir los altos problemas de la metafísica natural. En dos palabras: un momento de lucidez intelectual, en el cual pueden sintetizarse todos los conocimientos. ¿A quién no le habrá sucedido este caso?: muchas veces estamos horas y horas sin encontrar una idea que buscamos y de pronto, cuando cansados vamos ya á dejar este trabajo de la memoria, la idea aparece en nuestro cerebro con toda clase de detalles!

Podría creerse al verme exponer las doctrinas empíricas y citar los nombres de Locke y Schelling, que abono en pró de esta escuela; nada más léjos de mi mente. Nó; creo tanto en la *tábula rasa* de Locke, como en el exclusivo poder de la intuición intelectual. La una me escluye del hombre las ideas innatas de su espíritu, las inclinaciones, las leyes de psicología hereditaria; el ser de este filósofo es un ser sin historia anterior, creado solamente para visitar una vez este mundo extinguiéndose á la muerte toda su inteligencia y toda su experiencia adquirida. La intuición intelectual del otro, es muy aceptable como fenómeno, pero admitiendo la superioridad de las facultades del alma, es decir, de la intuición divina, la intelectual podría aplicarse á

las investigaciones físicas y naturales y ésta á las especulaciones de orden divino.

La escuela de Hobbes, Locke y Tindall tuvo en su época razón de existir para poner un freno al abuso del misticismo exajerado; pero, como á la ley de progreso repugna todo aquello que tiene un caracter estacionario, hoy debe dejar el paso á otras que respondan más á las exigencias morales y á todas las aspiraciones del ser. Su misión ha terminado, pues, como terminará pronto la de otra escuela, amenazada de muerte por esas mismas exigencias: la materialista, la cual al estudiar el organismo humano, orgullosa de su conocimiento pronunció el *non plus ultra*, sin pensar que quedan en la naturaleza multitud de fenómenos por explicar.

Hay muchos problemas que interesan vivamente á la humanidad. En estos últimos tiempos, gran número de personas de no común inteligencia, los han presentado y discutido bajo diferentes formas. Los nombres de magnetismo, sonambulismo, espiritismo, telepatía y faquirismo son conocidos de todos; un movimiento general de investigación y estudio metódico de ellos se ha iniciado en este fin de siglo, y á cosas á las que ayer se despreciaba hoy se les presta toda la atención que intereses tan trascendentales merecen.

Pronunciar la palabra *imposible*, cuando nos vemos rodeados de tantos misterios como los que la naturaleza encierra, es anticientífico.

El hombre es un compuesto de dos esencias: material y espiritual. Hasta ahora, la ciencia oficial solo se ha preocupado de estudiar una, sin ver que el verdadero interés reside en la otra; estudió la máquina sin preocuparse del maquinista! Tiempo es ya de que lo haga!

Es necesario para que el equilibrio que en el hombre reina no se altere y las pasiones no dominen los sentimientos morales, fortificar todas las ideas que tiendan á armonizar en él estas dos fuerzas. Si el yó material, por la creencia exclusiva en él, se desenvuelve con detrimento del moral, el hombre se convierte en un ser egoista, pasional, hasta perverso; si las facultades psíquicas se desarrollan sin tener en cuenta las necesidades materiales del cuerpo, aquél será un místico, un fanático y muchas veces un suicida inconsciente.

Las filosofías de la antigüedad, conociendo al ser humano bajo estas dos faces, fundaron escuelas en las que los ejercicios del cuerpo alternaban con los de la mente. Pythagoras fué el primero, en los tiempos históricos, que llevó á la práctica estas ideas, creando en Crotona (Grecia) un Instituto laico de enseñanzas filosóficas en el cual había dos secciones, una *exotérica*

y otra *esotérica*. En la primera, los discípulos robustecían su cuerpo por medio de ejercicios atléticos y estudiaban el A. B. C. de la filosofía; en la esotérica (oculta) se les revelaba los sublimes misterios de la Madre Naturaleza. Como un ejemplo del verdadero mérito de este sistema podríamos citar, entre los muchos discípulos de ella, à uno: Empédocles, quien alcanzó de sus conciudadanos el título y los honores de un Dios, por sus profundos conocimientos en las leyes físicas de la naturaleza, en la medicina y en la magia. Tal era el poder alcanzado por medio de estos que se cuentan de él los siguientes casos:

Una mujer se hallaba, un día, sumida en un profundo letargo; la ciencia se había declarado impotente para curar su mal y llegó un momento en que aquella fué por fin, creída muerta. Empédocles, aproximándosele la despertó con el solo esfuerzo de su voluntad y el pueblo asombrado, dijo que Empédocles resucitaba á los muertos. A causa de los vientos etesios que reinaban casi siempre en Agrigento, habíanse desarrollado muchas enfermedades infecciosas en este pueblo; pero Empédocles cerró una abertura que existía entre las dos montañas que lo rodeaban, quedando así en adelante esa población al amparo de aquellos. El pueblo creyó que los había recogido y desde entonces lo llamó *Aquel que recoge los vientos*. Por último, la peste reinaba como soberana en Selinonte; para sanear le ciudad, el sábio ilustre hizo cruzar por ella dos ríos cuyo curso desvió y desterró así, para siempre, ese terrible mal de la población. Además, hablan los historiadores, entre ellos Diógenes Laercio, que poseía secretos para curar las enfermedades rebeldes, para alejar la vejez, aplacar las tempestades, y producir la humedad en la atmósfera y la sequía. ¿Qué discípulo de nuestras modernas escuelas sería capaz de competir en el *siglo de las luces* con el héroe de Agrigento?

No es nuestra época, sin embargo, la corruptora de este sistema de educación. Si recorremos la historia de la filosofía, al través de las edades, vemos cómo fueron adulteradas poco á poco, á fuerza de ser exajeradas, las doctrinas de los sábios maestros de la antigüedad. ¡Hermes, Sócrates, Platon! ¿qué fué de vuestra sublime idea? La posteridad pronuncia con respeto vuestros nombres, pero, ¡ay! solamente los nombres; vuestras enseñanzas yacen en el olvido!

Varias escuelas se han disputado siempre el derecho de dirigir intelectualmente á la humanidad; pero, todas adolecen de algún defecto capital y en todas reina la mayor intransigencia. Las que más han sobresalido en toda época, por sus argumentos, aunque solo algunas con base científica, son: *la mística, la escéptica, la empírica, la racionalista, la metódica y la dogmática*. A

esta última pertenece tanto el católico que cree fanáticamente en los artículos de fé de su iglesia, como el intransigente que niega absolutamente todo.

Examinemos ligeramente estos métodos, pues no nos permite otra cosa la reducción de este trabajo.

La Escuela de Alejandría, fundada por Plotino en un momento de indecisión general, fué inspirada en las sublimes ideas de los grandes maestros Platon y Aristóteles. El pueblo, perplejo entre los dioses que se iban y el cristianismo naciente, engrosaba cada día el número de sus entusiastas discípulos y puede decirse que fué entonces cuando aquella alcanzó un momento de verdadera gloria. Dotado su fundador de un talento y de un saber vastísimos,—pues era maestro no solo en filosofía, sino que la astrología, la física, la metafísica, geometría, aritmética, mecánica y poesía le eran familiares,—pudo exponer sus teorías de una manera brillante; pero, muy pronto no bastaron á su espíritu, ansioso de todo lo grande, los conocimientos que le era dable adquirir de un modo natural. El estudio de lo múltiple para generalizar luego, y la ayuda de la intuición y de la experiencia como auxiliares para subir desde lo infinitamente pequeño hasta la Unidad Divina—según Platón aconsejaba,—le pareció un camino demasiado largo; desechó, pues, estas prácticas, y despreciando todo intermediario entre él y Dios, recurrió á un medio que, en su opinión, podía dotar al hombre instantáneamente de todos los conocimientos: el *éxtasis*.

El *éxtasis*, según Plotino, es la unificación del ser con Dios mismo: el espíritu, desligado de los lazos que á la materia le unen, vuelve temporalmente á su fuente primitiva, adquiriendo entonces la suprema felicidad y sabiduría. El misticismo exagerado lo llevó al extremo de considerar como cosa secundaria al agente divino al cual Platón le había concedido el primer lugar en todas las investigaciones: la *razón*. Con la práctica del *éxtasis*, es cierto que el hombre adquiere el olvido momentáneo de todos los padecimientos, físicos y morales; pero, refugiarse en el seno de Dios mientras sus hermanos en el mundo libran la batalla de la vida, es, no sólo egoísta, sino cobarde.

No duró mucho la celebridad de la escuela de Alejandría, si bien es cierto que produjo discípulos que constituyen para ella una gloria, entre los que se cuenta á Porfirio que escribió de 50 á 60 obras de gran mérito, filosóficas, científicas é históricas, entre las cuales hay una que por sí sola basta para hacer célebre á un hombre; es la que se titula: *Contra los cristianos*. Apenas triunfaron sus contrarios la mandaron destruir; también, si no lo hicieran, trabajo les habría costado hoy á los padres de la iglesia refutar sus argumentos. Comentó, además, la Biblia de una manera curiosísima. En fin, lo que

algunas de sus obras nos revelan de ese genio admirable, contribuye más á que deploremos el auto de fé que hicieron de las otras.

Jámblico, fué discípulo y sucesor de Porfirio, pero la escuela de Alejandría había recibido ya el golpe de muerte en la época de aquél. De los últimos discípulos que se atrevieron á declararse públicamente como tales, recordaremos á Hypatía, mujer de tanto talento y elocuencia como belleza y cuya adhesión á dicha escuela le costó la vida, pues celoso San Cirilo del renombre que alcanzaba con su palabra fácil y colorida, excitó contra ella á una turba de sus secuaces los que la lapidaron un día, arrastrando en seguida sus miembros ensangrentados por las calles de Alejandría.

Por fin, Damacius, es el último cuyo nombre ha llegado hasta nosotros. Cuando en 529 Justiniano firmó el decreto que clausuraba todas las escuelas de Atenas, este filósofo, eslabón final de la cadena que empezó con Platón, Ammonius Saccas y Plotino, se retiró á Roma, donde terminó su vida en la oscuridad.

¿Cuál fué el afán de todos los sucesores de esta escuela, desde Plotino hasta Damacius?: Rodear de símbolos sus doctrinas, primero; luchar contra el cristianismo después, llegando con el tiempo á representar la escuela pagana de Grecia. Desde el siglo X hasta el XVI estas doctrinas no dieron señales de vida. A mediados del siglo XVI, Pico de la Mirándola, Cornelius Agrippa, Ruchlin, Paracelso y Cardan, hacen resucitar la escuela *mística*; Van Helmont, Jacob Bøhme y Flud, secundan un siglo después sus esfuerzos, difundiendo por toda Europa este movimiento filosófico, y á fines del siglo XVIII, Swedemborg funda una secta de iluminados, última faz de la escuela de Plotino. Hoy existen todavía muchos discípulos de esta, á la cual solo le falta un método fijo de investigación, para que la ciencia pueda, partiendo de fenómenos cuya evidencia no es posible negar, como el magnetismo y la telepatía, por ejemplo, llegar á otros de carácter más elevado y que presentados *á priori* parecerán extraños, quizás imposibles, pero que, estudiados atentamente ponen de manifiesto verdades muy trascendentales.

Hemos visto el principio y el fin de la escuela mística, madre de la actual; estudiemos ahora la *escéptica*.

La escuela *escéptica* fué fundada por Pyrrhon en Grecia, hácia el año 380 antes de nuestra era. Su método puede reasumirse en estas palabras: abstenerse de todo juicio respecto á cualquier idea. *Dudar de todo* es su divisa. Negar, implica necesariamente la discusión del porque se niega. Un escéptico no discute ni niega: duda.

Entre los discípulos de esta escuela, el más notable por su argumentación,

fué Agrippa. Un sábio francés, M. Saisset, miembro del Instituto de Francia, en una biografía de Agrippa, expone en pocas palabras las teorías de dicho filósofo y dá la interpretación de esos cinco célebres motivos de duda que aun hoy se citan como muestra de la penetración con que interpretó y supo simplificar el sistema de Pyrrhon. Según Agrippa, el dogmatismo no puede escapar á las cinco dificultades siguientes, motivos de la duda en el hombre: 1° La contradicción; 2° El progreso á lo infinito; 3° La relatividad; 4° La hipótesis; 5° El círculo vicioso.

Veamos la interpretación: 1° No hay un solo principio en el mundo que no haya sido negado; por consiguiente, en cuanto un filósofo dogmático presente un principio cualquiera se le objetará que el tal principio no es aceptado por todos, y mientras él siga afirmando se seguirá afirmando lo contrario, de modo que nunca podrá resolver la objeción de la *contradicción*.— 2° Para salir del trance en que se halla, el filósofo invocará seguramente un principio general, pero se le repetirá la misma objeción incontinenti, que lo obligará á citar un principio todavía más general. En vano seguirá subiendo de principio en principio; la objeción le seguirá siempre y siempre en el *progreso* al infinito.— 3° Puesto ya en un extremo el dogmático, declarará que por fin ha alcanzado un principio primero fundamental, evidente por sí mismo. ¿Pero, qué es un principio evidente? Aquel que parece verdadero. Falta demostrar que no hay una verdad que no sea solamente relativa. ¿No quereis demostrarlo? Vuestro principio queda reducido á una *hipótesis*. ¿Os atreveis á demostrarlo? Estais encerrado entonces en un *círculo vicioso*, pues hace falta un criterio para la demostración, y el criterio necesitará luego ser demostrado. ¿Cómo escapar al dilema?

Es imposible negar á Agrippa un gran arte en la combinación, y cierto vigor intelectual. Después de este filósofo, el que más sobresalió en la escuela escéptica, fué Sextus Empiricus, cuyos escritos son notables, aunque según la opinión de muchos sábios, no son sinó compilaciones de Pyrrhon, Agrippa y otros. Su mejor obra es la titulada *Hipótesis Pyrrhoniana*, en la que demuestra con las siguientes palabras, la situación de aquella escuela respecto á las demás escuelas filosóficas: “En la investigación de la verdad, pueden suceder tres cosas: ó se cree haberla descubierto ó bien se niega la posibilidad de descubrirla, ó, en fin, sin afirmar ni negar nada sobre este punto, se sigue buscando su objeto. Los dogmáticos como Aristóteles, Epicuro y los estoicos están en el primer caso; los académicos como Clitómaco y Carneada en el segundo; los escépticos, en el último”.

Como se vé, los de la escuela escéptica de hoy, difieren en algo de esta

opinión; niegan ó aprueban, luchan y discuten como verdaderos dogmáticos— Es cierto que más que escépticos son en realidad ateos. ¡Sencilla equivocación en el nombre!

Desde el siglo III hasta el XVI vejetó sin prosperar esta escuela, hasta que Montaigne en 1580 publicó una obra maestra de escepticismo titulada *Ensayos*. Durante algunos años no hubo hombre en Inglaterra, que se preciara de inteligente, que no tuviera en su biblioteca dicha obra y los prosélitos que ella hizo se contaban por miles. Charron y Hume, en el siglo XVIII vinieron á robustecer sus dotrinas, con éxito. ¡Es cierto que es tan fácil ser escéptico! ¡Nada de investigaciones; nada de discusiones! Como se vé, es un método muy cómodo para aquel que no quiere pensar. Si hay algún mérito en la escuela escéptica, sólo lo tienen los maestros de ella, que han podido fundar sobre bases sólidas, desde que hasta nosotros ha llegado, doctrina tan ingrata. Hoy abundan sus secuaces y lo que antes era una enfermedad benigna ha tomado los caracteres de una verdadera epidemia. ¡Ojalá que los auxilios de la razón y de la ciencia no sean ineficaces, para curarla, cosa, sin embargo, difícil, mientras los partidarios de ella se sepan de memoria los cinco célebres motivos de duda de Agrippa! Creo inútil hablar de los beneficios que haya podido proporcionar á la humanidad una escuela cuya fuerza reside en la duda sistemática.

Pasemos ahora á la escuela racionalista, fundada por Heráclito, ó mejor dicho, á la Jónica modificada por este gran filósofo. Queriendo Heráclito hacer más extensos los conocimientos que hasta entonces imperaban en esta última, introdujo reformas importantísimas en el método seguido. Según él, el conocimiento exclusivo de la naturaleza física, no basta al hombre para alcanzar la felicidad; era por ello necesario extenderlo más allá del orden material, siguiendo así las huellas de los grandes maestros Parménides y Empédocles. Juzgando que los sentidos nos inducen la mayor parte de las veces á gravísimos errores, sostuvo que el gran auxiliar para alcanzar el saber, es el criterio que por medio de la razón general nos formamos. Es ésta quien viene á disipar muchas veces el error que el sentido individual nos produce.

Los fieles trasmisores en nuestros tiempos de aquella teoría que con tanta elocuencia y sabiduría expuso Heráclito son dos génios que aunque en la forma discrepan, sin embargo, es el mismo el fondo de sus enseñanzas, dignas de estudio, llenas de filosofía pura. Estos dos génios son, Kant y Descartes.

La Doctrina de Kant podría llamarse con el nombre de una de sus princi-

pales obras: la crítica de la razón pura. Reconoce la inmortalidad del alma y esta creencia es una consecuencia natural de la ley que con voz poderosa nos empuja siempre hacia la perfección moral como objeto final y verdadero de la razón práctica. ¿Cuál es el fin que la razón pura nos presenta como resultado de todo el bien y de la práctica de la moral? La suprema felicidad en el seno del bien supremo. Kant baja hasta el fondo de las pequeñas cosas, sube hasta los principios del conocimiento humano y siendo guiado por la razón, chispa partida de Dios mismo, analiza severamente todo, separando en este análisis la parte de la razón y la de la inteligencia.

Kant vino, pues, á fundar una escuela que ni participa de las exageraciones de la dogmática ni de la indolencia de la escéptica de Hume. Creó un método no basado en el exclusivo estudio de los fenómenos, como lo hizo la escuela empírica, sino que restituía á la razón el poder que Plotino le arrebatara en pró del éxtasis. Sólo fué dogmático en un punto: en dar como principal base de todo, el dogma de la moral. ¡Sublime idea! Hoy esta escuela lleva el nombre de su fundador y es de deplorar que media humanidad no sea partidaria de ella.

Examinemos la de Descartes, que denominaremos *metódica*. El sistema de este filósofo es no aceptar *a priori* ninguna idea, pues de este modo no puede alcanzarse jamás la certidumbre de ella. Los sentidos y la memoria son muchas veces los cómplices en los engaños de que somos víctimas. Para poder analizar mejor todo, empieza por dudar de todo absolutamente: Yo dudo, dice él; esta duda implica el pensamiento; pienso, luego existo. Existo, continúa Descartes, pero, ¿quién soy yo? soy un ser que piensa, duda, discute, conoce, afirma; que hace ó no hace tal cosa. Total, estos actos puedo concebirlos perfectamente con independencia de las leyes materiales y de los sentidos. Yo no tengo necesidad de conocer mi cuerpo y los órganos que lo componen, para conocerme yo mismo; no tengo necesidad de sentido alguno para sacar tal conclusión; la reflexión y mi propia conciencia me bastan. De manera que conocemos mejor al alma que al cuerpo; tenemos más seguridad de la existencia de nuestro *yo* moral y divino que de nuestro *yo* material, pues la existencia del pensamiento entraña con más evidencia la del alma pensante que la de los órganos corporales.

No queremos comentar estas conclusiones de Descartes en tan pocas líneas como las que podríamos aquí dedicarle; quizás consagremos un estudio exclusivo á tan eminente filósofo. Nos limitaremos, pues, á manifestar algunas de sus principales ideas. En una de las obras de este pensador, *Las Meditaciones*, hace una división del alma y del cuerpo, distinguiendo aquella

completamente de éste y definiendo cuáles son las funciones de cada uno. El alma, dice, se nos manifiesta por medio de la reflexión y de la inteligencia; el cuerpo por los sentidos.

Para conocer detalladamente las doctrinas de Descartes, nuestros hermanos pueden consultar la edición de las *Obras Filosóficas*, hecha en 1835 por M. Ad. Garnier que contienen una biografía interesantísima del autor, toda la filosofía de éste y además un análisis detallado de sus obras. Fáltanos añadir que pocas filosofías han producido una revolución intelectual tan provechosa para el adelanto moral del hombre como la escuela racionalista de Kant y la cartesiana. Otras reformas filosóficas han pretendido desbancar á estas, pero, á pesar de que la novedad siempre atrae á los espíritus *volages*, no han tenido éxito alguno.

Tomando de nuevo el hilo de nuestro relato, repetiremos las frases con que empezamos este trabajo: el camino más fácil para llegar á las causas es el estudio de los efectos. Al través de este pequeño viaje histórico hemos visto los diferentes métodos de investigación que las escuelas filosóficas emplean para llegar á la causa primera, y, según nuestro pobre criterio, encontramos en todos ellos deficiencias muy grandes.

El ideal en filosofía, á nuestro modo de ver sería el que pretende realizar un sistema que ha aparecido hace poco con el más hermoso de los programas: Estudiar todas las filosofías; subir al través de la historia guiados por la intuición y la comunión directa con los seres superiores por medio de la abstracción—de acuerdo con la escuela de Alejandría,—despojándonos antes de todo amor propio, de todo egoísmo personal que pudiera quizás ser carga pesada en tan largo viaje; no negar nada, antes de tener la completa evidencia de lo contrario, siendo así la antítesis de la escuela escéptica de Pyrrhon, pero tener la misma estoicidad que ella, despreciando los peligros como aquel que sabe que es invulnerable y tanta constancia en investigar todos los secretos de la naturaleza como aquella tuvo siempre para negarlos; analizar cuanto á nuestro alcance esté y formar experiencia sobre los hechos, como la escuela empírica de Condillac; estudiar minuciosamente las sensaciones del hombre, pues dignas son de atención para el pensador las manifestaciones del cuerpo humano, á fin de buscar hasta en lo más recóndito de su ser, el motor que pone la máquina en acción; aceptar como auxiliar poderosísimo para todas las investigaciones á la razón, siguiendo así el ejemplo de Heráclito y de Kant, y partiendo metódicamente desde lo infinitamente pequeño hasta el infinito, empezar á pronunciar como Descartes esta frase:

¿quién soy yo? pues por el conocimiento de nosotros mismos debe empezar la tarea.

Todos estos estudios puede abarcarlos esta palabra: *Teosofía*. Ella quiere decir sabiduría divina y es el título de la nueva escuela. Su objeto es el siguiente: con el programa indicado, conseguir la fusión de todos los seres en una fraternidad universal, y cooperando cada uno con sus luces intelectuales, buscar al Padre Universal para conocer nuestro origen.

Fines tan loables deben alcanzar forzosamente la ayuda de aquél que todo lo puede, pero hay que trabajar. Recordemos las palabras de una iluminada, Juana D'Arc: *Aide toi et Dieu t'aidera*.

FILADELPHIA.

M. S. T.

LA EVOLUCIÓN DEL HOMBRE

La palabra *evolución* tiene, en nuestros días, un gran poder en las inteligencias de los hombres.

Sin embargo, el Occidente no ha tenido aún la percepción de la evolución sino por vagas vislumbres que no le han hecho entrever más que la mitad de la cosa. La teoría que sobre ella ha construido no es sino una media verdad, que nos pone enfrente de un inexplicable misterio: la aparición de la Vida, surgiendo sin saber de dónde, desenvolviéndose sin motivo, evolucionando sin tener fin alguno que alcanzar.

En nuestra concepción occidental de la evolución, la vida resulta de la acción de la fuerza sobre la materia, las dos ciegas, las dos sin inteligencia, las dos, por consiguiente, incapaces de idear un fin y de establecer un plan que pueda llevarlas á un fin; sin que la fuerza ni la materia lo hayan querido, lo hayan pensado, lo hayan deseado, es que la Vida ha salido de la muerte, que la existencia consciente ha brotado de la existencia inerte, que el hombre ha emergido del animal.

Esta evolución, despertando la vida en sus más ínfimos grados, la hace subir hasta el humano, sin saberlo, sin quererlo, y, enseguida, sin razón ni voluntad, la hace descender hasta aquellos y desaparecer, en fin, en el no ser, sin otro motivo que el que tuvo para hacerla surgir.

La ciencia occidental, en sus últimas conclusiones, ha llegado, en efecto, á la concepción en que el anillo final de la cadena de la evolución vá á soldarse con el primero. La energía, obrando sobre la materia, ó la energía inherente á la materia, después de haber hecho aparecer los mundos vivientes, los vuelve hacia el sueño definitivo donde toda energía se embota; de los planetas vivos hoy, hace tristes desiertos donde nada se agita, desiertos abrazados por el fuego ó helados por el frío, y por fin, los desintegra en nubes de finísimo polvo que servirán, tal vez, en tiempos lejanos, para reconstruir alguna otra cadena de vida, que, también sin fin alguno, desenvolverá sus anillos, y como la precedente, se desvanecerá después en la no-existencia.

Tal concepción de la evolución es la más espantosa teoría de la Vida que el espíritu humano puede llegar á crear, teoría incomprendible para la inteligencia y absurda para el corazón.

La evolución, que se enseña por los antiguos libros y que nos ha sido comunicada por los maestros de la Sabiduría, es de un carácter diferente. En ella se dá al espíritu por fuente del Universo, que, con su vida totalmente desenvuelta, se exparce en el seno de la Conciencia Divina.

Se nos habla de una involución que es el origen, el manantial de donde surge la vida.

El espíritu se reviste de la materia para animarla y para modelarla, de manera que ella sea su expresión completa, su símbolo perfecto; y, envolviéndose de más en más ella, concluye por llegar al estado más denso: el estado mineral, en el cual su energía alcanza el grado extremo de compresión, de condensación, y del que vuelve á partir, difundiéndose á cada grado de ascensión, y arribando al estado en el cual hace aparecer á la humanidad tal como la conocemos.

En la faz actual de la existencia de la tierra, el hombre es la primera la más elevada de las cosas vivientes, el modelo de todas las formas, el resúmen de todas las posibilidades contenidas en el planeta.

De etapa en etapa, el espíritu que evoluciona ha construido el cuerpo humano para hacer posible la existencia humana en el plano material. La energía vital fué concentrada en ese cuerpo, como la luz en un lente de vidrio, y allí juntó en relaciones regulares, armoniosas, las moléculas físicas y astrales, para constituir los dos cuerpos cuya reunión hace al hombre. En este sér vemos aparecer la pasión, la emoción, la naturaleza instintiva que es común al hombre y á los animales y fuera de la cual, continuando la evolución, han salido las formas animales que pueblan la tierra.

En esta etapa de la evolución humana, en que el lado animal del hombre

está construido totalmente, en que la tienda de carne está pronta para Aquél que debe habitarla, el hombre no es otra cosa que un bello animal preparado para recibir al hombre real, al *pensador*, que es nuestra esencia verdadera y que no viene del mundo inferior, que no es suministrado por la materia, que no es construido por el plano astral, que no es engendrado por la vida inferior, que no ha tomado su origen en la naturaleza pasional, emocional, instintiva. El alma del hombre viene de arriba, no de abajo; ella no es el desenvolvimiento de un gérmen de la naturaleza bruta; es el foco en el cual son concentrados los rayos del Espíritu, del que ella es el reflejo.

El alma entra en el hombre animal para habitarlo, se hace cargo de él para divinizarlo. El *pensador* es el dios en el hombre, el dios descendido para someter la naturaleza inferior y hacer todos los planos de existencia penetrables á la influencia divina.

Este dios en el hombre es el guía, el instructor, el salvador y también, en su aspecto inferior, el que reúne la experiencia con la cual construye el carácter que llevará después como herramienta para cumplir el trabajo que le espera en los períodos venideros del Universo, períodos aún dormidos en el lecho tenebroso de la eternidad.

Este *pensador*, ese dios descendido en la materia, tiene un doble aspecto: una de sus facetas está dirigida hacia su divina fuente, la otra hacia la materia que ha venido á someter. Esos dos aspectos forman el *Manas superior* y el *Manas inferior*, el alma racional y el alma animal.

La vida del hombre es un campo de batalla entre estas dos almas ó dos aspectos del alma; el dios lucha con el bruto á fin de divinizarlo.

Ved de qué modo el hombre evoluciona, ved cómo lo divino es producido sobre la tierra en que vivimos.

¿Dudais de que Dios esté presente en cada hombre?

¿Dudais de que la esencia de la humanidad sea la Divinidad misma?

Los hombres hablan de sus semejantes como si hubieran caído en el mal; hablan de su propia raza como si estuviese corrompida, y la degradan aún más por la degradación que le atribuyen, pues siempre nos sentimos empujados á realizar las opiniones que flotan á nuestro alrededor. Creyéndonos malos y brutos tendemos por ese mismo hecho á tomar tal carácter.

¿Queréis una prueba de que el dios está presente en el hombre, aún en los más viles, en los más degradados; que el alma está viva en todo aquel cuya existencia semeje más á la de un bruto que á otra cosa? Venid conmigo á una de esas aldeas inglesas que están situadas lejos de los caminos frecuentados, á una aldea que, hasta su misma belleza ha sido desfigurada por la avi-

dez de aquellos que son sus propietarios y la negligencia de los que la habitan.

Hay en nuestro país aldeas mineras, donde—lo confieso con vergüenza,—la vida que allí se lleva es de la especie más baja, más ignorante, más degradada.

No todas nuestras poblaciones mineras son de esta clase; hay algunas que son compuestas por hombres enérgicos, que viven dignamente; pero, no es de estas de las que me ocupo en este momento. Hablo de ciertas aldeas que conozco! donde, si pasais por su calle principal, vereis reunidos en las puertas de las tabernas hombres, cuyo lenguaje mancha los oídos que lo escuchan, que dicen palabras ordinarias y obscenas, que pasan su tiempo en jugar, en beber, en hacer apuestas, no encontrando placer sino en el ejercicio de sus sentidos físicos.

Al verles, seguramente diriais: «Aquí no existe ni una sola vislumbre, ni el reflejo más pálido de la divinidad.»

¿Creis que esto pueda ser cierto?

Esperad, y mientras estais ocupados en considerarlos, mientras que tristemente pensais á qué grado de bajeza pueden los hombres descender, mientras que creis que los que se encuentran bajo vuestros ojos son las más viles de las criaturas vivientes, ved que de pronto un ruido retumba y al escucharlo todo ese mundo se endereza y tiende con ansia el oído.

Es un ruido subterráneo que parece conmover el suelo y que cada vez se hace más sonoro, más estrepitoso, más intenso, hasta estallar como un golpe de trueno seguido de un largo mujido y de una columna de humo que brota de la tierra.

Una exclamación vuela de boca en boca: ¡Un golpe de grisou!

Hay allí, bajo tierra, hombres: ¿están vivos, están muertos? En un abrir y cerrar de ojos toda la aldea se encuentra en movimiento, y hombres, mujeres y niños, se lanzan hacia el pozo por donde se escapa el humo.

Las mujeres lloran y profieren gritos desgarradores, ignorando si en ese instante son todavía esposas ó son ya viudas; los niños gimen, dudando si tienen padre aún, y los hombres robustos, reunidos alrededor del agujero, por donde sale la humareda, luchan entre ellos, semejando desde lejos á gentes atacadas por el furor.

¿Por qué luchan?

Aproximaos para oír las palabras que brotan de sus lábios:

¡Atrás, tú tienes una mujer!

¡Retírate! tú tienes una madre anciana.

¡No es este tu sitio! tú tienes hijos. Es á mí que no hago falta á nadie, á quien le toca descender.

Y tales hombres que hacía breves instantes no soñaban sino en jugar, en embriagarse, en presencia del peligro que amenaza á sus hermanos, han olvidado su brutalidad, el dios que está en ellos se ha despertado y luchan por cuál ha de ser el primero que entre en la jaula que vá á bajarlos al horno rugiente, de donde tal vez ninguno salga, pereciendo de una espantosa muerte. Luchan por ser los primeros en exponer su vida á fin de arrancar á la muerte los camaradas que puede ser que todavía vivan, y descienden por la abierta boca de la mina que exhala un aliento infernal, para devolver á la mujer y á los hijos aquel que gana el pan de la familia.

¿Sostendriais que allá donde se despliega la noble ambición del sacrificio, la fuente del sacrificio, se encuentra ausente?

Yo os lo digo, que no hay un hombre por degradado, por ignorante, por vil que parezca, en cuyo corazón no tenga el espíritu divino su santuario; no hay uno, que al fin no llegue á ser puro como un pequeñuelo, y uno á quien al amor no debe levantar un día del fango del pecado; uno que no tenga en él la energía de la vida divina que contiene en sí la promesa del triunfo, por lejano que pueda ser el día de este triunfo.

ANNIE BESANT.

LA FUERZA DE CREACIÓN

(FRAGMENTO DE LA «SERPIENTE DEL GÉNESIS»)

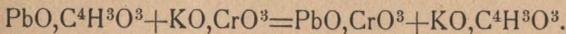
¡El Milagro! Al dar vuelta cualquiera de las páginas de glosa religiosa, encontramos esta palabra invariablemente revestida de una significación híbrida y agnóstica, tan chocante para el buen sentido como contraria á la idea que los adeptos del Egipto y de la Caldea se habían hecho de los fenómenos misteriosos, teúrgicos ó mágicos.

¿Qué era un Prodigio (1), á los ojos de estos sabios del mundo antiguo?— Un efecto natural, cuya causa nos escapa; un fenómeno imprevisto, que no viola en apariencia una ley bien verificada sino para obedecer á otra ley menos conocida, de un orden superior y más general.

Las ciencias naturales nos presentan en abundancia de esta clase de ejemplos.

Lector amigo, por poco familiarizado que te encuentres con la química, no ignorarás el principio que tiene en el laboratorio una frecuente aplicación; quiero hablar de la ley de doble descomposición de las sales: cuando el ácido de la una puede formar con la base de la otra una combinación insoluble ó muy poco soluble, se produce en el instante mismo del contacto (2), un cambio recíproco.

Mezclemos, por ejemplo, dos soluciones filtradas, la una de acetato de plomo, la otra de cromato de potasa. El cambio que se opera es inmediato: abandonando la potasa, el ácido crómico se combina con el óxido de plomo para formar un cromato insoluble, que se precipita instantáneamente, bajo el aspecto de un polvo amarillo.—Por otra parte, el ácido acético, saturando la potasa, engendra una sal hygoscópica, que queda en disolución en el líquido. Sea, según el sistema de los equivalentes (3):



Hasta aquí, no se vé ninguna dificultad. Pero mezclemos una solución de ioduro de potasio á otra de cyanuro de mercurio: formando el iodo con el mercurio un protoioduro casi insoluble, á estar á los términos de la ley antes enunciada, el cambio debería hacerse inmediatamente. Nada de esto sucede: en vez del precipitado rojo brillante que esperamos, una cristalización espontánea, incolora, se forma bajo nuestros ojos en toda la masa del líquido, y deposita lentamente en el fondo del vaso sus nacaradas y ligeras partículas.

(1) Empleamos indiferentemente aquí dos vocablos á los que solo un matiz distingue: *Prodigio* y *Milagro*. El *Prodigio* es láico: Cagliostro hacia prodigios.

El *Milagro* afecta un carácter religioso y más grave: Jesús hacia milagros.

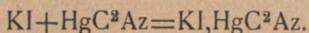
En cuanto á la palabra *Prestigio*, ella se aplica de preferencia á los escamoteos de manos, á las habilidades de prestidijitación. Sin embargo, se emplea también, torciendo su sentido, como sinónimo de *Prodigio*.

(2) Se trata, bien entendido, de dos sales en disolución en el agua, pues no es sino á favor de un vehículos líquido, ó de una trituración muy íntima, que dos sales susceptibles de doble descomposición pueden penetrarse molecularmente, de modo que el cambio sea completo y no parcial.

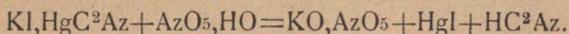
(3) No siéndonos familiar la notación atómica, recurrimos á la de los equivalentes, reduciendo las fórmula á su más simple expresión.

Una ley superior ha intervenido: la de la formación de las sales dobles; ley de una aplicación menos frecuente, y cuyo exámen, por otra parte fuera de propósito, nos conduciría á digresiones abstractas.

En una palabra, el cambio no se ha efectuado; las dos sales se combinan para no formar sino una sola: el cyanhydrargyrato de ioduro de potasio:



En esta sal doble, el cianuro de mercurio juega el rol de ácido complejo y el ioduro de potasio el de base compuesta. Falta una gota de un ácido cualquiera, —el ácido azótico, por ejemplo,—para romper la cohesión química de la sal doble, y rechazar (si así se puede decir) las dos sales, primitivamente mezcladas, en la esfera de acción de la ley del doble cambio.



Súbitamente oxidado el potasio del ioduro se une al ácido azótico, con el cual tiene mayor afinidad: el iodo, libre desde entonces, ataca al mercurio, para formar con él el ioduro escarlata que se precipita en el fondo de la proveta. En fin, el olor de almendras amargas que se desenvuelve es debido á la producción del ácido prúsico, engendrado por la unión del cianógeno con el hidrógeno contenido en el agua de hidratación del ácido azótico, agua que ha cedido ya su oxígeno al naciente potasio del que este ácido se ha apoderado.

Este ejemplo es significativo. Para quien no conozca la formación de las sales complejas, la experiencia citada parecerá una estupenda anomalía, una violación verdaderamente inexplicable de la ley de doble descomposición de las sales.

Así son los prodigios: fenómenos de excepción, que rehusan colocarse bajo el imperio de una ley dada, bien conocida de los sabios; por el motivo bastante simple, que ellos dependen de una ley superior, ignorada ó desconocida de los dichos sabios.

No hay ley sin excepción . . . ¿Quién no conoce este proverbio, paradójal en teoría, muy justo en práctica? La intuición popular nunca se engaña en cuanto al fondo: ella formula algunas veces sus oráculos en términos burdos y aun inexactos, pero esa fraseología sentenciosa y pintoresca viste un pensamiento generalmente profundo y casi siempre justo.

Todo descubrimiento importante hace entrar en el orden de los fenómenos racionales algún hecho milagroso para el sentimiento de los cándidos, hechos que la ciencia oficial ha negado obstinadamente hasta entonces, por no poder explicarlo.

No hay ciencia oculta, dijo con mucha exactitud M. de Saint Yves; *no hay sino ciencias ocultadas*

Otro ejemplo, que pertenece tanto á la química como á la física ó á la historia natural, parecerá más sorprendente aun: se trata de un fenómeno cuya producción sería muy inhábil para justificar la ciencia de las universidades. Es un hecho tangible, patente, y que cada cual puede verificar sin trabajo alguno; pero que es de toda necesidad recurrir á las luces tradicionales de los maestros de la sabiduría esotérica, para demostrar su razón, su mecanismo

Vamos á sorprender y á apoderarnos de la *fuerza de creación* (1); veremos á la materia producirse íntegramente bajo nuestros ojos, á la luz del exámen científico, y todo esto, en condiciones de control experimental como para confundir con la evidencia á cualquier contradictor y paralizar toda veleidad de argumentación ergotista sobre los labios del más fogoso defensor del famoso apotegma: nada se pierde, nada se crea. (2)

¿Hablais seriamente? ¿Sería como para no creer ni en lo que uno vé . . .

—Sois libre de ello.

—Pero, eso es imposible!

—Mi respuesta podría ser la de Williams Crookes, el gran químico, de quien se contestaba, á priori y bajo el mismo pretexto, las decisivas y memorables experiencias: «Yo no sostengo que ello sea posible; yo afirmo que ello es». Con poco trabajo vos mismo podeis convenceros.

Un kilogramo de azufre en flor, lavado con cuidado; algunos litros de agua destilada y algunos gramos de semilla de berros os darán la irresistible prueba. Estos objetos, poco cabalísticos, os podrán servir, en cualquier caso, de argumentos perentorios para reducir al silencio á los más obstinados positivistas de nuestro mundo occidental. Pero pensad bien, antes, que tal honor no está exento de peligros: si lealmente experimentais, os tratarán de escamoteador . . .

(1) Un buen sacerdote á quien hacíamos esta demostración, exclamó, en los transportes de una ingénua alegría: *Esto es lo que se llama tomar á Dios con las manos dentro del saco!* La exclamación nos pareció bella en su trivialidad y digna de ser transcrita.

(2) «*Nada se pierde, nada se crea*» Este apotegma no es falso, por otra parte, sino aplicado exclusivamente á la materia sensible. «*Ex nihilo nihix*», decían los antiguos sabios, y tenían razón: la nada no engendra.—Es decir, que todo ser sale de un principio real, positivo y no abstracto. *Crear*, es sacar de un principio oculto, pero no es hacer de nada. *Ex nihilo nihix*.

La substancia cósmica absoluta engendra eternamente la materia transitoria. Esta se entrega á innumerables metamorfosis, hasta el día en que entra en su substratum esencial: la materia física (diferenciada) se convierte en sustancia hiperfísica (homogénea).

En este sentido,—que no es el de la ciencia moderna,—el axioma contestado se sostiene.

Estended vuestra flor, de azufre (1) formando una capa igual de mediano espesor: sembrad allí vuestros granos y regadles exclusivamente con el agua destilada; las semillas no tardarán mucho en germinar, los tallos en crecer, y pronto podreis hacer vuestra primera cosecha de berros. Cuando un cierto número de recolecciones sucesivas os hayan dado tallos y hojas en abundancia, incinerad toda esta substancia vegetal, y obtendreis fácilmente así una cantidad de sales fijas que esceden en mucho el peso de los granos sembrados. ¡Cuál no será vuestra sorpresa, sometiendo al análisis químico esa ceniza vegetal, al encontrar allí, en proporciones normales, potasa, aluminio, cal y manganeso, combinados, por una parte, á los ácidos carbónico, sulfúrico y fosfórico, por otra, en estado libre! Así, y sin ocuparnos de los cuerpos volátiles ó descomponibles evaporados en el curso de la calcinación, constatareis la presencia de un número bastante grande de cuerpos reputados simples, metales y metaloides,—los mismos, exactamente, que se encuentran en la ceniza del berro normal, colocado en plena tierra y en plena agua, y cuyas raíces adhieran al lecho de un manantial ó de un río.

La presencia del oxígeno y del carbono se explica por sí misma: cubiertas de agua destilada, las raíces se han asimilado al primero y las hojas han aspirado el ácido carbónico del aire y retenido el carbono. ¿Qué de más simple? ¿Pero el silicio? El azufre no contiene más que agua destilada. ¿Sería la atmósfera quien hubiera servido de vehículo á este metalóide? Ello es muy improbable, pues abstracción hecha del polvo que no es asimilable, y de las aguas de lluvia cuya composición química bastante conocida excluye la presencia del silicio, el aire no puede jamás servir de vehículo sino á gases, y yo no sé que el silicio forme,—sí no es con el fluor,—combinaciones gaseosas. El fluoruro de silicio es un gaz. Pero, fuera de que la naturaleza no es muy rica en centros de reacción propios para darle nacimiento, él es sumamente corrosivo, desorganizador de los tejidos vegetales, y toda planta aspiraría la muerte con sus efluvios.

No se explicaría tampoco con mejor éxito la presencia, en el aire, de los compuestos volátiles del azufre y del fósforo; sin embargo, no hay allí imposibilidad material, *a priori*.

Pero lo que me parece una hipótesis ingrata y difícil de ser admitida en lo que concierne á estos tres metaloides: azufre, fósforo y silicio, llega á ser, en el estado actual de la química, una suposición gratuitamente absurda para

(1) La experiencia tendrá también éxito si se reemplaza el azufre con óxido de plomo, con silicio puro, ó con cualquier otra sustancia porosa, inerte é insoluble en el agua.

explicar la presencia, en las cenizas del berro, de otros cuerpos llamados simples, tales como el hierro, el manganeso, el calcio y el aluminio, pues ellos no entran en ninguna combinación gaseosa ó volátil á la temperatura ordinaria.

—Perfectamente de acuerdo, pero las semillas los contenían.

—Lo acepto y esperaba la objeción... ¿No hemos dicho ya, que el peso de las cenizas obtenidas calcinando los tallos y las hojas, excedía en mucho al de los granos sembrados en la flor de azufre? Además, son cinco gramos de semilla de berros los que habeis sembrado, ¿no es eso? Y bien, calcinad cinco gramos de las mismas semillas y someted la ceniza á los análisis cualitativo y cuantitativo. Si allí descubris *huellas* de los mismos cuerpos simples, ¿será en peso igual al de los elementos que nos ofrecen los residuos abundantemente producidos por la incineración de los tallos y hojas, recojidos en diversas ocasiones sobre los mismos piés? No, ¿no es así?...

Entonces vednos encerrados en este dilema: *esos metaloides y metales se han formado integramente de una manera inexplicable; han sido creados bajo vuestros ojos,—lo que vuestra ciencia declara a priori imposible;—ó bien, estais reducidos á la confesión del fenómeno tachado por vosotros mismos de supremo absurdo en el magisterio de los alquimistas: la multiplicación sustancial de los cuerpos sometidos á las leyes de la densidad.* (1)

*
* *

Nadie profesa por la ciencia moderna una admiración más sincera y bajo ciertos respectos, más entusiasta que nosotros. Si sus métodos de inducción nos parecen insuficientes algunas veces, si sus divulgaciones sin reticencias dan testimonio á nuestros ojos de una temeraria ligereza, que llega hasta el crimen; no deja de ser por eso una de las más venerables diosas del mundo inteligible.

Exploradora intrépida y sagáz, en la esfera positiva donde ella se ha trazado sus propios límites, allí ningún obstáculo ha podido conmovérle, ni ningún poder ha sido capáz de trabar su vuelo. Dos infinitos se han abierto ante ella: y ni las centelleantes profundidades del imperio de las estrellas, ni el impenetrable y ofuscador misterio en que se envuelven los universos de átomos orgánicos que gravitan en una gota de agua, han intimidado su celo; estrella por estrella, átomo por átomo, ella ha emprendido su doble conquista.

(1) Para la multiplicación de la piedra filosofal, véase á Raimundo Lulio, Flamel y los otros alquimistas. Enrique Khunrath es tan claro como formal sobre este punto, en su *Amphitheatro de la Sabiduría eterna*, (pág. 206).

Cada día, se enorgullece de una nueva victoria; infatigable, aleja en los dos sentidos la frontera de lo desconocido.

Pero, repitámoslo; para todo lo que no entra en su dominio estrictamente positivo ella se declara incompetente. Los hechos sólo le interesan y los acumula sin discernimiento; muchas veces, sin distinción. Fiel á su método analítico, atesta con las gavillas variadas de su cosecha las graneros de la memoria humana. Jamás, sin embargo, ha alcanzado á la verdadera síntesis, porque para subir hasta allí tiene que penetrar fuera de lo sensible, yendo más léjos que los hechos.

Este arcángel del mundo contemporáneo no tiene alas. Coloso invencible, como Anteo, cuando sus piés tocan la tierra, pierde su fuerza prodigiosa, su penetrante inteligencia, y su iniciativa sagaz, por poco que se eleve sobre aquella. Sobre este campo de batalla etéreo, el adversario lo conoce vencido de antemano; en vano ella se debate, desfalleciente, casi inanimada, en una lucha desigual, no pudiendo retemplar su energía en el seno maternal de Demeter. Hermana de Anteo, hija como él de la tierra, la ciencia moderna espera su redentor.

En materia de investigaciones positivas, no tiene su igual: puede llamársela intalible. Pero repentinamente se la vé herida de impotencia cuando un problema de orden puramente inteligible se propone ante ella. Algunas veces, como lo acabamos de veer, estrechada por uno de esos problemas mixtos, (tales como el génesis de la materia en ciertos casos anormales de crecimiento orgánico en el animal ó en la planta), se calla ó balbucea.

¿Dónde encontrar una justificación plausible de nuestro fenómeno de prodigiosa vejetación, desde que la Academia de Ciencias nos deja en vano golpear su puerta?

.....
STANISLAS DE GUAITA.

PERSONALIDAD É INDIVIDUALIDAD

Hay en la Teosofía, una cierta cantidad de ideas relativamente simples, sobre las cuales, sin embargo, es necesario entenderse, para que no quede como letra muerta la enseñanza entera.

Es también preciso que nos entendamos sobre el valor de las palabras,

que, aunque semejantes á aquellas que emplean la filosofía occidental y la ciencia corriente, varían completamente de sentido cuando se aborda la Teosofía; ó más bien dicho, no pierden su valor vulgar é impropio sino para volver á tomar su sentido exacto y real.

Así, antes de empezar á estudiar los diversos principios que constituyen ese pequeño universo que se llama el hombre, voy á esforzarme por tratar una cuestión primordial — aunque la más accesible de todas, — y por definir, lo más claramente posible, lo que distingue la *Personalidad* de la *Individualidad*.

En el lenguaje ordinario se confunden siempre estos dos términos, y se emplean indiferentemente el uno por el otro.

Sin embargo, bajo el punto de vista teosófico, un abismo separa las ideas que ambos representan, abismo tan profundo que casi no hay relación entre esas dos cosas, siendo ellas tan diferentes y separadas la una de la otra como el traje que cubre á mi cuerpo y el cuerpo mismo.

Igual es la distinción que separa el *alma* del *espíritu*, aun cuando también se les confunda generalmente, y se atribuya á aquella lo que es de éste, y á éste lo que pertenece á aquella.

Durante las encarnaciones que le vuelven á traer sobre la tierra, el hombre es á la vez *personalidad é individualidad*; solo que la primera es una cosa transitoria, por consiguiente ilusoria, que no dura sino un momento y no tiene día siguiente; mientras que la segunda es el elemento durable que liga entre sí las diversas *personalidades* bajo las cuales representamos, bien ó mal, — más bien mal que bien, — nuestro rol pasajero sobre la tierra.

Reproduciendo la comparación entre el traje y el cuerpo, diré que, así como este, antes de gastarse y desaparecer, usa muchos vestidos sin dejar por ello de ser el mismo cuerpo, nuestra *individualidad* está llamada á revestir centenas y millares de *personalidades* antes de volver, sonada la hora, á entrar en lo absoluto nirvánico, de donde antes partió la mónada primordial para el largo viaje que se realiza en un día de Brahma.

No es de admirar que nuestros modernos materialistas, los cuales no han sabido jamás distinguir la *personalidad* de la *individualidad*, se rehusen á creer en la inmortalidad del alma, que, por otra parte, no es inmortal, pues no hay sino el Espíritu, de esencia divina, que sea inmortal, y nuestra *individualidad* es el *Espíritu*, no el *alma*, producto de la *personalidad* y destinado á participar de su suerte.

Nuestro maestro, H. P. Blavastky, ha elucidado perfectamente la cuestión, comparando la *personalidad* con el personaje que, por algunas horas, representa un actor en el teatro; unas veces el actor aparece jugando el rol de

rey, otras es un bandido ó un trapero, según las exigencias de la pieza; pero, una vez caído el telón y apagadas las luces, deja la vestimenta del rey, del bandido ó del trapero para volver á ser el que es.

Bastaría, por otra parte, interrogarnos á nosotros mismos para asegurarnos de la verdad de esa aserción de la teosofía, para comprender fácilmente todo lo que la *personalidad*, en la cual nos interesamos con tanta solicitud, tiene de poco durable y de poco real.

En efecto, ¿que es lo que constituye eso tan querido á nuestros corazones? Primeramente, nuestro *cuerpo* que hace que seamos el señor Tal en lugar de ser el señor Cual; en seguida, nuestros *gustos*, nuestras *necesidades*, nuestras *pasiones*, nuestros *sentimientos*, nuestros *caprichos*, nuestros *vicios*, y mucho más raramente nuestras *virtudes*.

Y bien! todo eso, aún desde el presente, durante nuestra vida actual, nada tiene de estable, de permanente, de fijo; todo ello cambia casi á cada segundo de nuestra existencia; y todo lo que cambia no es sinó ilusión, teniendo que desaparecer desde que carece de duración.

Nuestro cuerpo, es decir, lo que hay de más tangible y que parece lo más lento en transformarse, está en un estado perpétuo de descomposición y de recomposición; no vive sino á fuerza de morir y de renacer en cada uno de sus átomos, de tal manera, que, al cabo de un lapso de tiempo muy corto, no contiene ya una sola de las moléculas que lo constituían algunos años antes; ha venido á ser un cuerpo completamente nuevo, que nada de común conserva con el antiguo sino es la forma general y un cierto conjunto de líneas, las mismas que también se modifican incesantemente según la edad y las pasiones, buenas ó malas, de las que son el espejo.

Es este el caso de la historia del *cuchillo de Juan*, al que primero se le cambió la hoja y después el mango, quedando siempre, á pesar de todo, el cuchillo de Juan. ¿Y por qué permanecía siempre siendo el *cuchillo de Juan*, después de haber sido cambiadas todas sus partes? Porque había un *Juan* y este no había cambiado. Juan, es la *individualidad*.

Si dejando á un lado el cuerpo (que no es sino uno de los aspectos de la *personalidad*), consideramos el *carácter*, los *gustos*, las *necesidades*, los *caprichos*, los *vicios* y las *virtudes*, que constituyen el otro aspecto de aquella, y después de todo, el más importante, ¿qué vemos?

Qué, *carácter*, *gusto*, *necesidades*, etc., todo varía en nosotros, se modifica, pasa ó se transforma, según el curso de los años, las circunstancias, el medio donde *Karma* (1) nos coloca.

(1) La ley de causalidad ética que establece que no hay causa sin efecto, ni efecto sin causa.

¿Cuál de nosotros, cuando arroja hácia atrás una mirada sobre sí mismo, sobre su vida pasada, sobre los actos que ha realizado, las emociones que ha sentido, las lágrimas vertidas, las alegrías fugitivas que pasó, las pasiones que lo conmovieron, no ha experimentado con frecuencia la impresión de que se trata de un *ESTRAÑO*? Nos admiramos entonces, nosotros mismos, de haber podido hacer tal cosa, de haber sentido tal emoción, de haber luchado con tanto ardor y arrebato por satisfacciones que hoy nos parecen sin interés.

Nuestra *personalidad actual* se siente diferente, sobre muchos puntos, de nuestra *personalidad pasada*, ó más bien dicho de nuestra *personalidad muerta*. Lo que antes nos hacía reír, nos hace llorar; lo que nos hacía llorar, nos hace alzar las espaldas con indiferencia, y lo que tanto nos ajitaba, nos deja frios y desdénosos ó llenos de pesares, cuando no de remordimientos!

¿Esta *personalidad* que juzga nuestra *personalidad de antaño*, no es pues, ya la misma? No; ha cambiado, ha perecido muchas veces para reconstituirse diferente.

Hay, sin embargo, alguna cosa que no ha cambiado, que ha quedado estable y que dura: es la *individualidad*, que es el Espíritu, que es la esencia Una, es decir, lo que *Es*, lo que *ha sido*, lo que *será*!

Cuando razonamos con rectitud y sin idea preconcebida, podemos constatar fácilmente que lo que llamamos nuestra *personalidad* ha desaparecido ya, se ha transformado muchas veces *durante nuestra vida*; que ha habido, mientras ha durado la existencia del Sr. X... ó de la Sra. Y..., muchos Sres. X... y muchas Sras. Y...; un Sr. X... que tenía diez años y que robaba manzanas, y otro Sr. X..., que es juez y que envía á prisión á los ladrones; una Sra. Y... que tenía veinte años, que adoraba al baile y al compañero con quien bailaba, y otra Sra. Y... que no ama ya más que á la misa y al niño Dios!

Siendo esto así, que cosa más simple de comprender, más lógica de admitir, que hay en el hombre *dos* aspectos: uno, que no es sino *ilusorio*, de *tránsito*; el otro, que es fijo y durable; uno que *muere*, otro que es *inmortal* y *reviste sucesivamente* los aspectos y las pasiones que haen, en apariencia, á Juan tan desemejante á Felipe ó á Santiago; en una palabra, *personalidades cambiantes y sucesivas* aprisionando una *individualidad* progresiva, pero idéntica á sí misma bajo todas sus diversas vestimentas.

Cuántas veces se encuentran en el mundo un hombre y una mujer que se han amado apasionadamente, ó que han creído amarse, lo que aunque en apariencia igual, no es lo mismo. Ayer,—puedé ser uno ó diez años,—poco im-

porta,—EL constituía toda la vida para ELLA; ELLA, era la única preocupación de EL. *El* se hubiese matado por *ella*; *ella* lo hubiera seguido á la tumba si él muriere. Un día, las fatalidades de la existencia, ó más bien, *Karma*, los ha separado. *Ellos* han venido á ser tan completamente estraños entre sí que no pueden explicarse lo que les agradaba tanto *al uno en el otro*.

Es que, en efecto, no son ya los que fueron; todo ha cambiado en ellos: los *átomos* de su ser físico, el *carácter*, los *gustos*, los *deseos*; y, como no habían amado, el uno en el otro, sino esa *personalidad ilusoria*, y de ella nada queda ya, al amor ha sucedido la indiferencia. Pero, les ha quedado, *la facultad de amar*.

Hay, pues, en nosotros las cosas perecederas, y son ellas las que constituyen la *personalidad*, y las cosas que no perecen que son las que constituyen la *individualidad*. *La Teosofía*, esta *ciencia de lo absoluto*, no se interesa sino en las cosas imperecederas, y quien sabe comprender la *Teosofía*, quien quiere legar á ser *teósofo*, debe de matar en sí, lo más posible de su *personalidad*, no sólo porque es inútil ligarse á las cosas que no duran, y que amarlas es perder el tiempo, sino aún porque la *personalidad es lo que nos separa* de los otros y porque la *verdad* como la *dicha*, está en la *fusión con los demás*.

ARTHUR ARNOULD.
M. S. T.

UN SUEÑO DE MAGISTRADO

Un diputado francés, Mr. Bérard, publicó en la *Revue des Revues*, el cuento que narramos á continuación, y que él afirma ser verdad:

Hace doce años, Mr. Bérard, que era entonces juez, había ido á descansar algunos días, lejos del ruido, á un pequeño rincón de Francia que no nombra y que designa solamente por una X...

Una tarde, después de un largo paseo á pié, se encontró á diez kilómetros de X... fatigado y muerto de hambre, y apercibiendo una taberna aislada, «Au Rendez-vous des Amis», pobre albergue de carreteros, entré, dice Mr. Berard.

«La única sala que había era oscura y estaba cubierta de humo, y en ella me recibieron el posadero y su mujer; aquél de tez amarilla, cara de pocos amigos y talla de hércules; esta, vestida casi de harapos, pequeña, negra, de ojos vizcos y mirada socarrona.

«Pedí de comer, y si era posible, donde dormir. Después de una cena de viérnes, —muy escasa por cierto,—y hecha bajo la mirada desconfiada y extrañamente inquisidora del dueño de la posada, á la sombra de un miserable quinqué que alumbraba bastante mal, pero que en cambio esparcía un humo y un olor nauseabundo, seguí á la patrona, quien me condujo á través de un largo corredor y de una escalera imposible á un cuarto desmantelado, situado encima de la caballeriza. El posadero, su mujer y yo, éramos ciertamente los únicos habitantes de esta miserable casucha perdida en el bosque y lejos de toda aldea.

«Yo tengo una prudencia llevada hasta el exceso, que proviene de mi oficio que, sin cesar, me lleva á pensar en crímenes pasados y en asesinatos posibles. Así, pues, una vez instalado, visité cuidadosamente mi habitación, después de haber cerrado la puerta con llave: un lecho, ¡qué lecho!—dos sillas cojas y en el fondo, casi disimulada por las cortinas, otra puerta munida de una cerradura sin llave. Abrí esta puerta y me apercibí que daba sobre una angosta escalera que se hundía en el vacío, y, entonces empujé delante de aquella, para retenerla, si se tentaba abrirla del lado de afuera, una especie de mesa de madera blanca que tenía encima una palangana de bordes mellados, que servía como lavatorio. Coloqué, además, una de las dos sillas contra la puerta, de modo que esta no se podía abrir sin producir ruido. En seguida me acosté.

«Después de la fatiga del día, como bien se comprende, me dormí profundamente. De repente desperté sobresaltado; me parecía que abrían la puerta y que, al hacerlo, empujaban la mesa. Creí hasta percibir la luz de una lámpara, de una linterna ó de una vela, por el agujero de la cerradura. Como loco, en medio de la vaguedad del despertar, me incorporé sobre la cama y grité: «¿Quién está ahí?» Nada: solo respondieron el silencio y la obscuridad completa. Pensé, entonces, haber soñado, ser el juguete de una extraña ilusión.

«Sin embargo, quedé largas horas sin dormir, como bajo el golpe de un vago terror. Después, la fatiga pudo más que el miedo y concluí por caer bajo el poder de un sueño pesado y penoso, mezclado de pesadillas.

«Me pareció ver, ví, en mi sueño, el cuarto donde me encontraba: en el lecho, yo ú otro, no lo sé; la puerta oculta se abría; el posadero,—mi posadero,—entraba, con un largo cuchillo en la mano; detrás, sobre el umbral de la puerta, su mujer de pié, súcia, andrajosa, cubriendo con sus negros dedos la luz de una linterna; el posadero, á paso de lobo, se aproximaba al lecho y enterraba su cuchillo en el corazón del dormido. En seguida el marido,

llevando el cadáver por los piés, y la mujer por la cabeza, descendían la estrecha escalera. Un detalle curioso: aquel tenía entre los dientes el delgado anillo de la linterna, cuya empañada luz alumbraba á los dos bandidos el camino. Ante esta escena, me desperté sobresaltado, terrorífico, con la frente inundada de un frío sudor. Por los intersticios de la puerta, los rayos del sol de Agosto penetraban en la habitación.»

Mr. Bérard se levantó y partió, alegre, como si se escapara de un infierno. No pensaba ya en su sueño, cuando, corridos tres años, volvió á su memoria, traído por la noticia de un diario en que se anunciaba la desaparición súbita é incomprensible de Mr. Victor Arnaud, abogado, quien después de un paseo de algunas horas por la montaña, nó había vuelto á entrar en su hotel en X. . .

Tres días más tarde, el mismo diario le hacía saber que la pesquisa policial ordenada con motivo de esa desaparición, dejó constatado que M. Arnaud había penetrado al caer la tarde, en la posada: «Au Rendez-vous des Amis,» y que se abrigaba sospechas respecto del posadero. Este pretendía que el abogado solamente se había detenido en su casa el tiempo necesario para tomar un ligero alimento, partiendo inmediatamente. Sin embargo, una muchacha de los alrededores afirmaba haber visto á la mujer del dueño del albergue arrojar, en un charco oculto entre los árboles, ropas ensangrentadas. Con motivo de este hecho se habló también de un inglés desaparecido misteriosamente seis años antes.

Mr. Bérard se dirigió inmediatamente á casa del juez de instrucción encargado de practicar la investigación, llegando justamente en momentos en que éste iba á interrogar á la fondera. Pidió permiso á su colega para permanecer en su gabinete durante la deposición de esta, quien no solo no lo reconoció, sino que ni siquiera fijó su atención en él.

Tranquilamente ella contó que un viajero, cuya filiación respondía á la de Mr. Arnaud, había llegado á su posada, pero no había pasado allí la noche, añadiendo que esto no hubiera sido tampoco posible, porque no tenía en su casa más que dos habitaciones, y esa noche estaban ocupadas por dos carreteros que habían ya prestado sus declaraciones al Juez.

Pero dejemos la palabra á Mr. Bérard:

«Interviniendo súbitamente pregunté: ¿Y el tercer cuarto, el que está sobre la caballeriza?

«La posadera se estremeció bruscamente y pareció de súbito, como en un sueño repentino, reconocerme; y yo, como inspirado, con un descaro audaz, continué: Victor Arnaud ha dormido en esa tercera habitación. Durante

la noche, vos habeis ido allí con vuestro marido, llevando una linterna en la mano, él un largo cuchillo. Habeis subido por la pequeña escalera de la caballeriza, habeis abierto una puerta disimulada que dá á esa habitación, en cuyo umbral os habeis parado mientras vuestro marido fué á degollar al viajero á fin de robarle el reloj y la cartera.

«Este era mi sueño ocurrido tres años antes, que yo contaba. Mi colega me escuchaba sorprendido, y en cuanto á la mujer, espantada, con los ojos desmesuradamente abiertos y castañeteando los dientes de terror, estaba como petrificada.

«Después, añadí, los dos habeis tomado el cadaver, vuestro marido le tenía por los piés, vos por la cabeza; lo habeis bajado así por la escalera, y para alumbraros, aquel llevaba el anillo de la linterna entre los dientes.

«Entonces, la mujer, perdiendo el dominio de sí misma, pálida y desencajada, exclamó: ¿Habeis, pues, visto todo?

«En seguida, encerrándose en un mutismo completo, rehusóse á firmar su deposición.

«Cuando mi colega refirió al marido mi relación, éste, creyéndose traicionado por su cómplice, lanzó un terrible juramento y dijo: ¡Ah, la canalla ya me lo pagará!»

Mr. Bérard concluye así su narración:

« Mi sueño había, pues, venido á ser una sombría y horrible realidad. En la caballeriza de la posada, bajo un espeso montón de estiércol, se encontró el cadáver del infortunado Arnaud, y, al lado de él, huesos humanos, tal vez los del Inglés desaparecido seis años antes en condiciones idénticas é igualmente misteriosas.

« ¿Y yo, habría sido destinado á la misma suerte? Durante la noche en que tuve al sueño ¿había realmente oído abrir la puerta disimulada, había realmente visto la luz por el agujero de la cerradura? O bien, ¿todo no había sido sinó sueño, imaginación y lúgubre presentimiento? No lo sé, pero no puedo acordarme sin un cierto terror del miserable albergue perdido á lo largo del camino, en medio de grandes bosques de abetos, y que contrasta tan extrañamente con la hermosa naturaleza, con el arroyo de murmurado ras cascaditas cuyas gotas brillan como diamantes á las caricias del sol».

BÉRARD,
Diputado.

CREENCIAS FUNDAMENTALES DEL BUDDHISMO

(CONTINUACIÓN)

VIII

SIENDO EL DÉSEO DE VIVIR LA CAUSA DE LAS REENCARNACIONES, CESARÁN ÉSTAS CUANDO SE HAYA EXTINGUIDO AQUEL DÉSEO, Y EL INDIVIDUO PERFECCIONADO ALCANZARÁ POR LA MEDITACIÓN EL SUPREMO ESTADO DE PAZ LLAMADO NIRVÁNA.

Aquí se señalan tres puntos.

No insistiremos acerca de los dos primeros, la *perfección* y la *meditación* cuyo carácter difiere mucho del que ordinariamente ofrecen al espíritu esas dos palabras.

El hombre *perfeccionado* de que aquí se trata, viene á ser, sobre poco más ó menos, lo que las religiones llaman un Dios.

Ese hombre «perfeccionado» es el que ha desarrollado ó evolucionado la parte divina que se hallaba oculta en él, como lo está en todo cuanto existe.

Es evidente que para esto no basta el tiempo de una vida, ni aun el de varias vidas de unos pocos años.

A excepción de aquéllos que no sepan desarrollar la Espiritualidad y lograr la liberación de la chispa divina que llevan en sí, los cuales constituirán fracasos y abortos acaso numerosos, la Humanidad entera alcanzará aquel estado supremo al fin de las siete rondas que debe recorrer. En la actualidad estamos pasando por la cuarta, en la que se encuentran equilibradas la animalidad y espiritualidad, y principia el verdadero combate para conquistar la Inmortalidad.

Algunos individuos, muy raros en verdad, pueden alcanzar la meta antes que sus hermanos, merced á ejercicios especiales, á una higiene espiritual, moral y física á la vez, y á una labor perseverante, cuyas reglas secretas enseña el Ocultismo. En este caso se encuentran los MAESTROS, grandes INICIADOS ó MAHATMAS, uno de los cuales fué Sakya-Muni, llamado el Buddha, así como otros varios que le precedieron.

Otros le sucederán en los siglos venideros.

En ciertas épocas previstas y determinadas, se encarna un Buddha para enseñar á la Humanidad el número de nuevas verdades que aquélla puede soportar y comprender, aunque sea de un modo parcial.

La *Meditación* tiene también bajo el punto de vista teosófico, un carácter especial, cuyas reglas igualmente enseña la ciencia oculta. Pero nos llevaría demasiado lejos y excedería de los límites de este ligero resúmen, el exponer lo que públicamente puede decirse sobre ellas.

Del NIRVANA es preciso dar más extensa explicación.

Primeramente, no es éste un *lugar*, sino un *estado* de espíritu. En tal momento acaba el mundo de las formas materiales y tangibles, según nosotros las conocemos ó concebimos.

Es un estado no ya tan real, sinó *infinitamente más real* que en el que ahora vivimos, pues las *formas* son cosa pasajera y transitoria, en perpétuo é incesante cambio; son, en una palabra, lo que hay de más *ilusorio* en el Universo.

Sólo es real Lo que anima y produce las formas; y Eso, que es la vida universal, la Substancia-Espíritu Unico, el rayo divino, no cambia; por consiguiente, es lo único real, y permanece inmutable *detrás*, de todos los aspectos de que se reviste.

En segundo lugar el Nirvana no es la *Nada*, la *aniquilación en Dios*, como vulgarmente se cree, y como nos lo contaban no hace mucho los orientalistas y los profesores de Filosofía, los cuales ignoraban la primera palabra del asunto de que trataban.

Lejos de ser la Nada y el aniquilamiento, el Nirvana es la suprema expansión, el brote divino en nosotros.

Después de la larga evolución, partiendo de los lados más bajos de la materialidad, cuyos dos primeros y dos últimos grados (pues existen siete estados de la materia y no tres), son ignorados por nuestros sabios modernos (1), el Nirvana es el estado de reposo y beatitud de la Mónada enriquecida con todas las experiencias de su paso á través de todos esos estados de materia, después de haber conquistado entre sufrimientos y luchas, con la sangre derramada al vencer los obstáculos del camino, la Conciencia de sí misma, es decir, la conciencia completa de su divinidad y después de haber perdido todo sentimiento de separatividad.

Es la gota de agua que vuelve al Océano, su primitiva patria, pero más rica con todo aquello que vió, aprendió y comprendió en sus peregrinaciones,

(1) William Crookes descubrió un sub-grado nuevo, al que llamó el estado radiante, y en el que se principia á entrever vagamente la idea del Eter.

ya por las entrañas del globo (*Involución ó Descenso á la materia*), ya como ténue vapor en la nube que flota á través de la atmósfera menos densa (*Evolución ó Subida hácia la VIDA UNA ó ESPÍRITU UNO*, doble aspecto del único: «yo soy lo que es»).

En ese momento supremo, en los umbrales del Nirvana, contempla el Espíritu evolucionado todas sus encarnaciones sucesivas, no sólo humanas, animales, vegetales y minerales, sinó mucho más allá.

Es la muerte definitiva para la forma, para las limitaciones tangibles.

«Lo que hay Arriba es como lo que hay Abajo, y lo que hay Abajo es como lo que hay Arriba.»

En efecto; lo que pasa en aquel instante, es lo que ya ha pasado muchas veces para cada uno de nosotros, en el momento de cada una de nuestras muertes físicas, cuando abandonamos nuestro cuerpo terrestre.

Durante los pocos segundos que preceden á lo que se llama el *último suspiro*, todos volvemos á ver, en todos sus detalles, esa existencia que dejamos, y la juzgamos.

Sólo hay una ley, una sólo, en todos los grados, en lo infinitamente pequeño, como en lo infinitamente grande.

Se engañó al público respecto al sentido del Nirvana, al interpretar la denominación de *Inconciencia* y de *No-Ser* que la Teosofía dá á ese estado. Esto sólo quiere decir, que no respondiendo el estado de conciencia y de existencia en el Nirvana á nada de aquello que conciben nuestros cerebros como conciencia y existencia, y no participando en nada de lo que expresan para nosotros estas palabras, unicamente podemos concebirlo ó figurárnoslo como *Inconciencia* y *No Ser*.

Mas dista tanto de ser la aniquilación, que aquel que ha alcanzado el Nirvana, puede, si así lo quiere, renunciar al mismo y volver de nuevo á la tierra, para ayudar á sus hermanos que quedaron atrás.

Los que así proceden, se llaman *Buddhas de Compasión*; y su procedimiento el *Sendero de la Renuncia*.

No hay sacrificio más sublime.

Y no insistiremos más sobre el Nirvana.

Bien se alcanza que semejante estado no puede describirse, ni puede ser comprendido antes de que uno sea apto para conocerlo por experiencia propia.

IX

ENSEÑÓ SAKYA MUNI QUE PUEDE DISIPARSE LA IGNORANCIA Y SUPRIMIRSE EL SUFRIMIENTO POR MEDIO DEL CONOCIMIENTO DE LAS CUATRO NOBLES VERDADES, QUE SON:

- 1.—LAS MISERIAS DE LA EXISTENCIA.
 - 2.—LA CAUSA PRODUCTORA DE LA MISERIA, QUE ES EL DESEO DE SATISFACCIONES, INCESANTEMENTE RENOVADO, SIN QUE LOGRE JAMÁS COLMARLO.
 - 3.—LA DESTRUCCIÓN DE ESE DESEO, Ó EL HECHO DE LIBRARNOS DEL MISMO.
 - 4.—EL MEDIO DE OBTENER AQUELLA DESTRUCCIÓN DEL DESEO.
- A LOS MEDIOS QUE INDICA, SE LES LLAMA LOS OCHO NOBLES SENDEROS. ESTOS SON: CREER BIEN, PENSAR BIEN, HABLAR BIEN, OBRAR BIEN, VIVIR BIEN, ESFORZARSE BIEN, ACORDARSE BIEN, MEDITAR BIEN.

Después de todo lo que hemos dicho y explicado anteriormente, cada cual puede comprender el sentido exacto—no vanal y vulgar—de estas varias prescripciones.

Aquellas *miserias de la existencia* deben considerarse bajo el punto de vista teosófico.

Aquí, como en todo lo demás, la *letra* sin el *espíritu*, desfigura ó no significa ya gran cosa. Observemos tan sólo el orden en el cual enumera Sakya-Muni los medios por él preconizados, y notemos—lo que ahora nos explicamos—que antepone el *creer bien*, es decir, el conocimiento, lo contrario de la ignorancia, el *pensar bien* (nuestros pensamientos crean seres y corrompen ó salvan á *los demás*, tanto como á nosotros mismos), el *hablar bien* (debemos enseñar la verdad, y sólo emplear nuestro saber en ayudar á los demás, en disipar su ignorancia), al *obrar bien*, al *vivir bien*, al *esforzarse bien*, al *acordarse bien*, al *meditar bien*, que son, sobre todo, útiles á nuestro desarrollo individual—aunque por el hecho de que progresamos, la Humanidad entera, que es Una, progresa con nosotros, por nosotros, en nosotros, así como retrocede y se rebaja por culpa nuestra, si retrocedemos y nos rebajamos.

El decir, como habitualmente sucede, hablando de un hombre vicioso:

«¡Sólo á sí mismo perjudica!» es un error absoluto.

Todo hombre vicioso es un malhechor público, y contamina á la Humanidad entera por la difusión de los gérmenes maléficos que de él emanan.

No existe *pecado oculto* alguno, ni propiamente hablando, *personal*. Todos debemos comprender el alcance y la realidad de nuestra responsabilidad, ya obremos pública ó solitariamente, ya descuidemos ejercer vigilancia sobre las ideas que no solamente llenan nuestro cerebro, sino que del mismo se escapan para ir á envenenar ó sanear la atmósfera en que todos vivimos.

X

LA BUENA MEDITACIÓN CONDUCE AL DESARROLLO DE LA FACULTAD DE BUDDHA,
QUE ESTÁ LATENTE EN TODO HOMBRE.

La *Meditación* de que aquí se trata, tiene un carácter particular, según ya lo hemos indicado, y exige ciertas reglas de las cuales no es esta ocasión de hablar.

La «*facultad de Buddha, latente en todo hombre*», es la INTUICIÓN.

Es el *sexto sentido* ó *tercer ojo*: el ojo interno en lenguaje oculto.

Cada raza humana evoluciona un nuevo sentido.

Nuestra Raza es la quinta, y tenemos cinco sentidos.

La sexta Raza, que nos sucederá en un período aún lejano, pero que está ya determinado, poseerá un sexto sentido, que será el de la Intuición.

Cuando aparezca la séptima raza con siete sentidos, habrá llegado la Humanidad á un grado de desarrollo que le proporcionará la mayor parte de las cualidades, poderes y atributos que la opinión popular y las Enseñanzas religiosas conceden á la Divinidad.

Es preciso no confundir la *Intuición* con la *inteligencia*.

La inteligencia es una facultad de orden todavía inferior, que poseemos en común con los animales. La inteligencia está constituida sobre todo por la memoria, y por la facultad de ligar dos ó más sensaciones que provienen del exterior, para sacar de ellas una conclusión ó una idea.

Es, á la vez, un mecanismo complicado é incompleto. La *Intuición* es, por el contrario, la facultad de ver las ideas mismas *directamente*.

Cuando hayamos alcanzado la intuición, lo que hoy día llamamos la inteligencia, se habrá unido en la profundidad de lo inconsciente—donde quedan almacenadas todas nuestras experiencias á esa masa de instintos y de conocimientos adquiridos que nos guían, sin que ni siquiera nos demos cuenta, pues es inútil volver sin cesar sobre los conocimientos adquiridos, y por otra parte, necesitamos de todas nuestras fuerzas para conseguir el Saber que aún nos falta.

La diferencia entre la inteligencia y la intuición, es la misma que la que separa la marcha de un caminante cercado de obstáculos, que no descubre el horizonte sinó poco á poco, y que pierde de vista lo que deja atrás en tanto que marcha hácia adelante, del vuelo del pájaro, que con una ojeada abarca el horizonte entero en todos sus aspectos, sin que nada intercepte su mirada.

La *Meditación* desarrolla esa facultad de la *Intuición*, latente en todos nosotros y ya en embrión en algunos, pero que puede adquirirse por una serie de esfuerzos bien combinados, y por una higiene á la vez física, moral, intelectual y espiritual.

(Continuará.)

APÓLOGO

Un hombre transitaba por la montaña y llegó á un sitio en que un enorme peñasco se había desprendido sobre el camino, le llenaba y obstruía, á fuera de aquél camino no había otra salida, ni á derecha ni á izquierda.

Este hombre, pues, viendo que no podía proseguir el viaje comenzado, á causa del peñasco, probó á moverle para abrirse paso, y fatigóse mucho en aquél trabajo, y todos sus esfuerzos fueron vanos.

Viendo lo cual, sentóse agobiado de tristeza, y dijo: ¿Que será de mí cuando la noche llegue y me sorprenda en esta soledad, sin alimento, sin abrigo, sin defensa alguna, en la hora en que las fieras salgan á buscar su presa?

Y estando embebido en este pensamiento, otro viajero sobrevino, el cual, habiendo hecho lo que había echo el primero, y habiéndose encontrado tan impotente como él para mover la piedra, sentóse taciturno é inclinó la cabeza.

Y después de este segundo llegaron otros, y ninguno pudo mover el peñasco, y era grande el temor que todos tenían.

Por fin, uno de ellos dijo á los demás: Hermanos míos, dirijamos nuestros ruegos á nuestro Padre común que está en el cielo; tal vez tenga piedad de nosotros en esta congoja.

Y fueron escuchadas estas palabras, y oraron de corazón al Padre común que está en el cielo.

Y cuando hubieron orado, el que había dicho: Oremos, dijo, también: Hermanos míos, lo que ninguno de nosotros ha podido hacer solo, ¿quien sabe si no lo haremos todos juntos?

Y pusiéronse en pié, y todos á una empujaron el peñasco, y el peñasco cedió, y prosiguieron en paz el viaje interrumpido.

El viajero es el hombre, el viaje es la vida, el peñasco son las miserias que encuentra á cada paso en su camino.

Ningún hombre podría remover solo ese peñasco; pero Dios ha graduado su peso de tal suerte, que no detiene jamás á aquellos que viajan juntos.

LAMENAIS.

PENSAMIENTOS

Observa con la mayor atención posible tu propio corazón.

Porque al través de tu propio corazón viene la luz única, que ilumina la vida y la hace clara á tus ojos.

Estudia el corazón de los hombres, á fin de conocer lo que es el mundo en que vives y del cual pretendes ser una parte. Observa la vida que te rodea, en continuo movimiento, en transformaciones incesantes, porque son los corazones de los hombres los que la constituyen; y á medida que tú aciertes á comprender su constitución y su significado, gradualmente irás siendo capaz de leer la palabra más grande de la vida.

(*Luz en el Sendero*).

Es solo la fé quien puede dar una solución á los misterios de la ciencia, y es, en cambio, la ciencia quien únicamente puede demostrar la razón de ser de los misterios de la fé.

Fuera de la unión y del concurso de estas dos fuerzas vivas de la inteligencia, no hay para la ciencia sino excepticismo y desesperación, y para la fé temeridad y fanatismo. Si la fé insulta á la ciencia, blasfema; si la ciencia desconoce á la fé, abdica.

(*Eliphas Levi*).

No sé cómo me juzgará la posteridad; pero, en cuanto á mí, me considero como un niño que juega en la playa, divirtiéndose en recoger aquí y allá un guijarro pulido ó una linda conchita, mientras está delante de él el grande oceano de la verdad, que todavía no ha sido explorado.

(*Isaac Newton*, pocos dias antes de morir).

CANGE

En esta Dirección se han recibido las siguientes revistas:

«Sophia», Madrid, Enero de 1899.

«The Theosophical Review», Londres, Diciembre 1898.

«The Theosophis». Adyar—Madrás. Nov.

«Theosophía»,—Amsterdam. Nov.

«Revue Theosophique Francaise, Le Lotus Beau». París. Diciembre.

«Teosofia». Roma. Dic.

«The Vahan» (*El Vehículo*). Lóndres, Enero 1899. «The Occult Review».—Boston, Noviembre 1898.—«Teosofisk Tidskrift». Estokolmo, Octubre, Noviembre y Diciembre. «La Constancia»,—y «El Mercurio de América», de Buenos Aires.—«Moniteur Spirite et Magnétique» y «Le Spiritualisme Moderne», de París. etc. etc.
